

ESCRIBIR COMO ARQUEOLOGÍA, ARQUEOLOGÍA COMO ESCRITURA

WRITTING AS ARCHAEOLOGY, ARCHAEOLOGY AS TEXT

Gonzalo Ruiz Zapatero*

RESUMEN

Este trabajo ofrece una reflexión general sobre la situación, los valores y la importancia de la escritura en la arqueología. Se constata la falta de interés disciplinar por la misma hasta hace alrededor de 25 años. Se presentan orientaciones sobre cómo mejorar las narrativas para comunicar mejor y se discuten alternativas subversivas: textos palimpsesto, inclusión de la ficción y textos dialogados. Las ilustraciones tienen un gran valor en arqueología y constituyen otra forma de texto. La escritura arqueológica es, de alguna manera, una artesanía con necesidad de algunas normas que garanticen su calidad y se incide especialmente en el valor de los sistemas de referencia y las citas. Por último, se esbozan los rasgos generales y algunos problemas de los principales géneros: monografías, artículos, reseñas y textos de divulgación.

Palabras clave: Arqueología, escritura, publicaciones, ilustraciones, sistemas de referencias, monografías, artículos, reseñas.

ABSTRACT

This paper offers a general overview on the state and values of archaeological writing and its relevance for the discipline. There has been a traditional lack of interest on writing in the last 25 years. We present forms for developing better narratives of the past, and we discuss subversive ways of writing: palimpsest texts, fictions and dialogues. Illustrations have a great value and in some way they tell stories in other style. Archaeological writing is a craft with some norms as quality guaranties, specifically citation systems. Finally, general characteristics and problems of the main genres (monographs, papers, reviews and popular texts) are outlined.

Key words: Archaeology, writing, publications, illustrations, referencing systems, monographs, papers, reviews.

* Departamento de Prehistoria, Facultad de Geografía e Historia. Universidad Complutense. 28040-Madrid. E-mail: (gonzalar@ghis.ucm.es).

“Los arqueólogos hemos perdido de vista los horizontes lejanos de los grandes temas de nuestra disciplina. Necesitamos escribir para toda la Humanidad, para toda la civilización, no sólo para nuestros amigos y enemigos” (Fagan 2006:163)

Investigar en arqueología es publicar. La publicación es, por descontado, la contribución más perdurable que cualquier arqueólogo puede hacer a la sociedad como ha sostenido G. Connah (2010: 1). Además es una obligación profesional y ética de cualquier excavador (Lavell 1981), porque según el *dictum* académico *publica o se maldito* sencillamente “sin la publicación un arqueólogo no es mejor que un saqueador de sitios arqueológicos” (White 2009: 207). Pero aún así debemos destacar que los arqueólogos no han demostrado tradicionalmente interés por la propia escritura y las narrativas que construyen sobre el pasado. De hecho, ha sido muy recientemente cuando ha surgido la reflexión y el debate sobre como se ha escrito la arqueología. La escritura de la historia ha recibido bastante atención pero la consideración de las prácticas de escritura por parte de prehistoriadores y arqueólogos ha sido casi inexistente hasta hace muy pocos años (Allen 2002, Beaune 2010, Kintigh 2005). De hecho, la escritura en arqueología ha estado estrechamente ligada a las formas de publicación, que han recibido más atención (Alcock 1978, Aubin 2012, Cunliffe 1983, Prodhome 1987, Ruiz Zapatero y Álvarez 1989, Thomas 1991, VV.AA. 1986). La escritura se consideraba como algo obvio, para comunicar hay que escribir y se escribe. Eso era todo.

Si relacionamos la escritura con la estratigrafía arqueológica se puede afirmar que el conocimiento arqueológico descansa en el proceso que va de la lectura destructiva al excavar a la escritura de diarios, fichas, etiquetas, etc ... que se desarrolla en paralelo. La escritura es la que crea el saber. Pero esa escritura no es *inocente*. Por otro lado, parece que la arqueología es una de las disciplinas con mayor diversidad de escrituras (Carver 2009:315-316, Joyce et al. 2002, Paulati 2013). La escritura arqueológica ha sido calificada como *polifónica* y *poligráfica* por su diversidad de tonos y subgéneros, incluyendo hasta artículos de prensa (Klesert 1999), y se desenvuelve en tres escalas: la del arqueólogo, la de la disciplina y la del público (Ver Fig. 1). Hasta se ha propuesto un lenguaje lógico cognitivo para mejorar el lenguaje de la arqueología (Djindjian 2004).

En las últimas décadas la propia publicación arqueológica esta diversificando sus formatos. Y a los tradicionales en papel hay que sumar la edición digital (Richards

2005), que sobre todo está cambiando el propio concepto de publicación con los hipertextos, los blogs (Rock-Macqueen y Webster 2014), la 3D y la realidad aumentada (Economou y Pujol 2011, Eve 2012). No cabe duda que Internet está revolucionando la manera de transmitir información (Anónimo 2012, Parra 2013), como en todos los campos de la ciencia (VV.AA 2013), aunque la arqueología no haya sido un campo precisamente muy activo en este terreno (Xia 2006) y desde 1996 exista una revista electrónica *Internet Archaeology* (Cunliffe 1996). Por otro lado, es verdad que cada vez más la arqueología puede comunicar en otros formatos, desde los tradicionales como los museos arqueológicos (Hernández 2010) y las exposiciones de arqueología a otros más recientes e innovadores como las visitas a yacimientos arqueológicos con tabletas y dispositivos electrónicos e incluso capturando información *in situ* con los propios teléfonos móviles (Binks et al. 1988, Clarke 2012), las *performances* en los sitios arqueológicos, los audiovisuales y programas de televisión (Kulik 2006 y Van Dyke 2006).

Uno de los primeros en reivindicar más atención crítica a la escritura arqueológica fue Ian Hodder (1989) quien señaló que la subjetividad, la creatividad y nuevas formas expresivas han estado ausentes de memorias y artículos. Algunos han reflexionado sobre la historia de una publicación con gran acierto (Chippindale 1996, White 1983), otros han reivindicado fórmulas más innovadoras y expresivas (Hamilton 1999, Joyce et al. 2002, Plucienik 1999), y, en fin, también se ha repensado la manera de publicar proyectos arqueológicos (Jones et al. 2001). Una buena orientación, muy práctica, para la escritura académica y la elaboración de distintos tipos de textos en arqueología puede verse en I. Domingo et al. (2007: 395-427) así como otras ayudas prácticas como los signos de corrección de pruebas (VV.AA. 1988, Boulton 1991) que la edición digital está relegando a la categoría de *objetos arqueológicos*. El librito de White (2013) es un típico producto americano orientado al mercado de trabajo, práctico y ameno aunque no profundo. Finalmente, aunque no referido específicamente a arqueología, la obra de William Germano (2008) *Cómo transformar tu tesis en libro* es una excelente introducción general a la escritura académica para investigadores jóvenes y contiene ideas y propuestas útiles también para los experimentados.

En cualquier caso lo verdaderamente importante – y difícil – es encontrar el camino personal para escribir. El testimonio del gran prehistoriador británico Richard Bradley es aleccionador (Jones 2013: 178-179). Bradley encontró el camino a una escritura propia - lo que equivale a un pen-

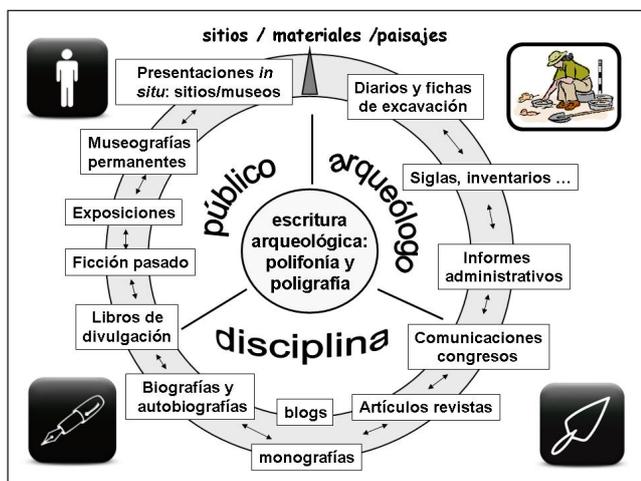


Figura 1. Diagrama mostrando el carácter polifónico y poligráfico de la escritura arqueológica con distintos subgéneros y las tres escalas o ámbitos en las que funciona la escritura (basado en datos de Paulati 2013).

samiento propio -, al poner por escrito unas conferencias (Rhind Lectures) más o menos tal y como las impartió. Así descubrió como escribir libros “breves y sin pretensiones” con capítulos de entidad propia. Esos ensayos le abrieron una libertad de escritura más allá de la prosa académica que encorseta y aprisiona los artículos de revista. Y es muy afortunado porque en sus propias palabras “hoy no podría publicar nada que no me haya gustado escribir”. ¡Gusto escribiendo! Ese es el gran objetivo. Ciertamente no fácil. De muchos textos arqueológicos se podría adivinar que sus autores no disfrutaron al escribirlos.

Hoy contamos con dos excelentes textos sobre la escritura en arqueología, obra de madurez de brillantes arqueólogos. Por un lado, Brian Fagan *Writing archaeology: telling stories about the past* (2006), más centrado en la escritura de divulgación, y por otro, Graham Connah *Writing about Archaeology* (2010), que abarca todos los aspectos que rodean a la escritura arqueológica. Ambos representan la madurez de la reflexión arqueológica sobre la forma de escribir y publicar - una referencia obligada sobre el tema -, lo que no significa que no queden muchos aspectos por tratar, discutir e innovar (sobre Connah 2010 véase: García Cardiel 2012 pero *vide contra* Kalm 2010). Pero de lo que no cabe duda es que, como bien dice Connah (2010: 189), “la arqueología, por encima de todo, es una disciplina literaria”. No ha sido el primero en reivindicar al arqueólogo como *storyteller* (Pluciennik 1999, Young 2002). Un buen arqueólogo debe ser también un buen escritor. Yo siempre añado “y buen ilustrador”, porque las imágenes son fundamentales en la comunicación arqueológica (Moser

1998). Como ha dicho Martin Carver (2009: 313) “... desde el inicio hasta el final del proceso el arqueólogo es un artista creativo que lleva lo muerto a la vida con palabras e imágenes, como seguramente hace un novelista”. Y la historia resulta más creíble, como una novela, cuanto más y mejor se investigan sus elementos. A mejor verdad mejor ficción.

Y hablando de comunicación la mejor y más realista aproximación a la comunicación arqueológica, abordando la socialización profesional desde el valor de los colegas, de las charlas y los contactos informales y la propia escritura es el texto heterodoxo y clarividente de Chippindale (2005). Para reconocer la profesión sin citas académicas.

El famoso dicho académico “publica o perece”, siempre vigente, esta terminando casi por acabar en otro indeseado “publica y perece”, en referencia al crecimiento tan desorbitado de las publicaciones en arqueología que resulta imposible conocer todo lo que se publica, no digamos ya leer. Los problemas emergentes de *encontrabilidad o discoverability* - la capacidad de ser encontrados contenidos académicos -, *descubribilidad y visibilidad* de los documentos de investigación arqueológica demandan nuevas formas de *vigilar* el ámbito disciplinar, más allá de las bibliotecas especializadas.

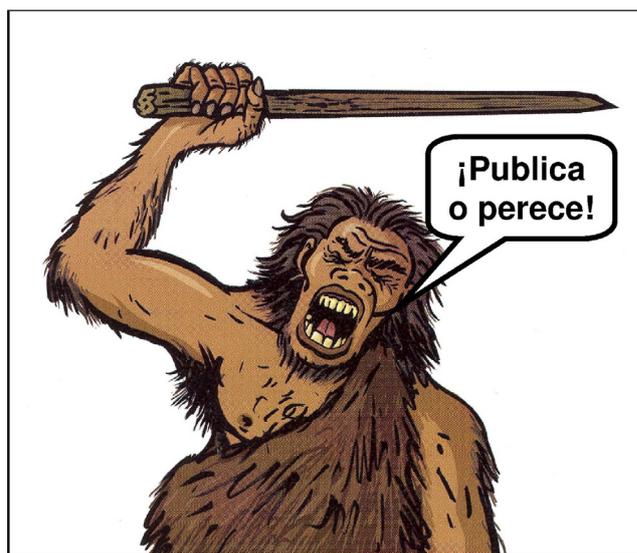


Figura 2. La consigna académica, *publica o perece*, que resume la necesidad de investigar para enseñar es doblemente necesaria en arqueología ya que si no se publican los resultados de los trabajos de campo se pierden irremisiblemente. Los datos de un archivo histórico seguirán allí, los datos de una campaña suelen morir cuando desaparece el excavador.

La importancia crucial de la escritura en arqueología se sostiene en tres pilares: es la forma más importante de documentar y comunicar el conocimiento generado por

la investigación; la calidad y fuerza de la escritura condiciona la capacidad de difusión e influencia de los textos y por último, se debería tener muy presente una obviedad: lo que se publica no se puede enmendar nunca, lo escrito, escrito queda. Aunque esto último quizás no sea así ya en la arqueología del futuro.

1. ¿CÓMO ESCRIBIR BIEN EN ARQUEOLOGÍA?

Es algo complicado porque la primera advertencia es que no hay recetas, no hay prescripciones estrictas que garanticen una buena escritura. Es más necesitaríamos tener una definición unívoca de lo que es escribir bien en arqueología y me temo que eso no es factible. Si es cierto que en el curso de master que imparto sobre discurso y escritura en arqueología recomiendo a mis estudiantes dos cosas para aprender a escribir con eficacia. Primero, leer, leer mucho y no sólo de arqueología y sobre todo aprender a leer con las “gafas de rayos X”, es decir leyendo los contenidos pero paralelamente *leyendo* las arquitecturas de los textos, descubriendo las estructuras con las que se arman las narrativas. Este segundo nivel de lectura es muy importante y no siempre se practica. Segundo, escribir, escribir con atención, con interés y con esfuerzo porque la escritura es lenta exige su tiempo y debe cuidar las palabras porque al final los textos son pequeñas obras de artesanía. Artesanías en las que cada palabra cuenta, reclama su valor, su importancia y su orden en la redacción. Escribir es un poco una tarea de orfebre como ha dicho el gran novelista Juan Marsé. Y algunos autores han reivindicado la dimensión artesanal de la propia arqueología con argumentos nada despreciables (Shanks y McGuire 1996). Cuando impongo trabajos escritos a mis estudiantes siempre les digo que deben cuidar al máximo sus textos, esforzarse, repasar la escritura, por una razón sencilla: esos textos son lo más importante del mundo para cada uno de ellos porque son suyos; son el resultado de sus lecturas, sus análisis, sus argumentaciones y sus interpretaciones. Merecen todos sus desvelos por esa razón no por la calificación que pueden obtener (de hecho no suelo puntuarlos pero sí dedico unos minutos con cada uno de ellos para comentarlos y que puedan hacer su propia valoración).

Quizás una cuestión fundamental sea la necesidad de enseñar bien a leer y escribir académicamente en el Grado y desde luego contar con un buen asesoramiento en el primer trabajo de envergadura, el Trabajo de Fin de Máster (TFM). Pero donde se ha estudiado su implementación parece que el TFM es un “camaleón elu-

sivo” desdibujándose tanto su perfil académico como la orientación por parte de los profesores directores de los mismos (Pilcher 2011). Y si el primer trabajo de investigación no define claramente los parámetros exigibles y no cuenta con un buen asesoramiento están fallando las bases para aprender a investigar.



Figura 3. Una parte crucial del aprendizaje para la escritura académica se logra con la lectura atenta de las publicaciones periódicas. La lectura es el fundamento de la escritura.

Volviendo a mis estudiantes una recomendación básica que le hago es que se apliquen en la lectura y análisis de las revistas especializadas, donde se encuentra el frente de la investigación, pero se asomen también a las mejores revistas internacionales. Y que lean siempre con las “gafas de rayos X”, descubriendo las estructuras de los artículos. Los esqueletos de los textos ayudan mucho a aprender como escribir, como argumentar y presentar la información. Nos pueden proporcionar muchos recursos necesarios para desarrollar habilidades en nuestra escritura. Desde luego que leer atenta y críticamente es de crucial importancia para escribir buena arqueología como señala recientemente Gibbon (2013). Y propone que hasta los *slogans* de las contraportadas o las fajas de los libros merecen atención crítica, pero ahí pasamos de la lectura a la reflexión crítica para la escritura.

Lo sorprendente es que a pesar de la gran importancia que tiene la escritura en la disciplina los arqueólogos no nos hemos ocupado de la misma hasta hace muy poco tiempo. Y si nos hemos ocupado tardíamente de una historia de la arqueología, una historia de la escritura arqueológica esta todavía por escribir. Una *arqueología* de cómo se ha escrito la arqueología. No contamos con estudios que nos muestren como han evolucionado las narrativas en arqueología en los últimos 150 años. Y estoy seguro que de ello se desprenderían no pocas lecciones interesantes para aprender mucho. En fin, valdría la

pena insistir en que, como ha recordado Tilley (1989), el fundamento primero de la arqueología no es un evento del pasado, ni la propia materialidad del mismo sino el hecho del texto escrito sin el cual no existiría ese pasado.

Se ha señalado que un breve análisis de la escritura en arqueología (Pluciennik 1999) destacaría que hasta mediados del s. XX no ha existido preocupación alguna; la escritura arqueológica se concebía como una narrativa simple similar a la de historia. Los textos arqueológicos eran descripciones no problemáticas aunque lo pudieran ser los materiales y los contextos en los que se encuentran. Las décadas siguientes hasta 1980, aunque se reconociera en algunos casos la diferencia entre arqueología e historia, no aportaron a nivel de escritura una conciencia propia sobre como escribir el pasado. Pero en los años siguientes, con la expansión de la arqueología postprocesual, las cosas empezaban a cambiar. El postprocesualismo introdujo, entre otras muchas cosas, el valor de la hermenéutica, el estructuralismo y la subjetividad de la interpretación. Por eso, como indicaba más arriba, no es nada extraño que Hodder (1989) fuera posiblemente el primero en llamar la atención sobre la naturaleza y problemas de las narrativas arqueológicas, concretamente los informes y las memorias, y que los postprocesuales hayan abanderado las reflexiones sobre como escribimos el pasado.

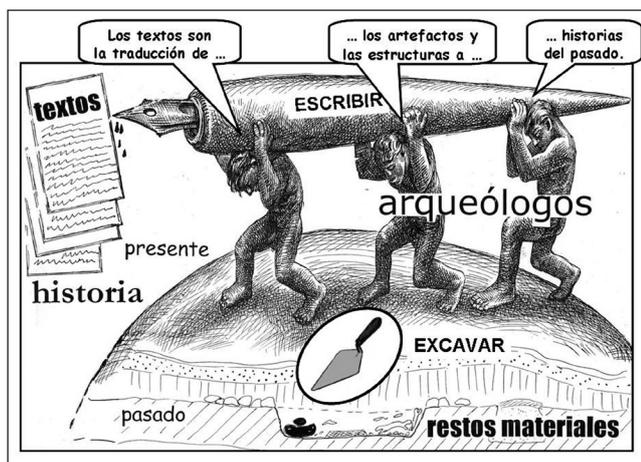


Figura 4. La tarea de traducir a palabras la historia contenida en los restos materiales obtenidos por la excavación es una dura tarea para los arqueólogos. Hay de que destilar la materialidad del pasado en un discurso escrito en el presente. Excavar es escribir y los restos de cultura material son las palabras desarticuladas, la memoria de las historias encapsuladas en los yacimientos arqueológicos. Y también es importante preguntarse ¿Qué se pierde en la traslación de la tierra al texto?

En las dos últimas décadas se han multiplicado los recursos por otras formas de escritura arqueológica, otras

maneras de contar el pasado fuera de los cánones tradicionales (Bernbeck y Van Dyke en prensa) y hasta las aulas universitarias se abren a asignaturas de escritura arqueológica utilizando la ficción (Berg 2007, Crossland 2014). Aunque lo cierto es que la tradición es muy fuerte y las experiencias innovadoras son realmente pocas. Por un lado han surgido formulas subversivas que apuestan por enfoques rompedores. Por ejemplo, siguiendo las reflexiones de Hodder (1989) Bender et al. (1997) plantearon un texto sobre la prospección en Leskernick (Cornwall, Reino Unido), en el que se presentaba la interpretación del trabajo de campo pero se incluían fragmentos de textos originales de los diarios para mostrar explícitamente una visión más caleidoscópica, abierta y subjetiva, y construir así un *texto-palimpsesto*. Es un intento para relativizar la aparente seguridad y cohesión del texto que también, como indican, se podría extender a las propias ilustraciones (Bender et al. 1997: fig. 1). Es una narrativa en la que la *objetividad* se combina con la subjetividad de forma explícita (Bender et. al. 1999). También se pueden combinar narrativas múltiples (Hodder 2005) o narrativas gemelas (Carver 2008),

En segundo lugar se empleando la fórmula objetividad + ficción, es decir una narrativa arqueológica descriptiva e interpretativa con narraciones de ficción completa. Es lo que hizo Mark Edmonds (1998) en su libro *Ancestral geographies*, alternado capítulos arqueológicos sobre el Neolítico con otros cortos de ficción que recreaban lo abordado en los capítulos *serios*. Personalmente me agrado la experiencia y creo que el autor conseguía una empatía añadida gracias a las breves narraciones de ficción.

En tercer lugar, siguiendo la estela del famoso artículo de Kent Flannery (1982) *The Golden Marshalltown* - en el que hacía hablar a arqueólogos tradicionales y procesuales para explicar los fundamentos de la teoría arqueológica con ingenio, claridad y sentido del humor -, algunos han explorado este enfoque en forma de narración, con partes dialogadas. Ese es el formato de los libros del estadounidense Praetzelis (2000 y 2003) para escribir unas asequibles y originales introducciones a la teoría arqueológica en forma novelada y con ilustraciones muy personales y clarificadoras. En el panorama español destaca el estudio de Antonio Uriarte (2001) sobre la arqueología funeraria anglosajona y su aplicación a la necrópolis ibérica de Baza con énfasis en la fórmula narrativa dialogada entre especialistas. O el artículo de Jose David Sacristán (1997) *Buscando a los Vacceos en el Iberespacio* que discutía los orígenes del mundo prerro-

mano del Duero adoptando estructuras narrativas que ironizaban con el mundo de Tolkien. Un texto inteligente, irreverente y fuera de la norma que fue inicialmente rechazado en una de las más prestigiosas revistas porque simplemente “no resultaba serio escribir así”.

Una de las futuras tendencias será, probablemente, la de escribir con un sentido neto de *modularidad*. Los libros y monografías extensas cada vez más se consultan parcialmente, buscando datos concretos pero difícilmente se leen por completo. Eso significa que cada capítulo o apartado debería ser autosuficiente para su lectura, por ejemplo si en una memoria me interesa la explotación de la fauna debería obtener todos los datos fundamentales relacionados sin necesidad de la lectura de otros capítulos o apartados.

Finalmente la posibilidad de construir narrativas mediante viñetas, en cómic, empieza a ser seriamente considerada. No me refiero a cómics ambientados en pasados arqueológicos sino a obras que buscan presentar a través de viñetas y cartuchos breves aspectos del pasado como la espléndida obra de Le Brun (2013) sobre el arte paleolítico. La contextualización visual que es capaz de ofrecer el cómic es su punto fuerte. Por otro lado la cuestión clave es saber evitar la *cacoverboiconía*, esto es que las imágenes no repitan exactamente lo que dice el texto. Por último, señalar que las posibilidades de la comunicación no verbal / no escrita (pintura, escultura, danza, coreografías, música ...) apenas han empezado a explorarse pero seguro que en el futuro serán una tendencia en alza.

Hoy casi todos los textos arqueológicos tienen una forma (narrativa) y un objetivo (explicación) y por ello resulta pertinente el interés en la escritura. Además en la última década se ha producido un cierto desinterés por la escritura/publicación en arqueología producido por el impacto de Internet y la publicación digital. Se puede publicar casi todo en baratas revistas electrónicas y en blogs, se pueden colgar textos en páginas *web* personales, se puede difundir en las redes sociales ... En otras palabras nunca ha sido tan fácil publicar, sin condicionantes de extensión y calidad. La realidad es que la *plaza pública* admite textos, trabajos, comentarios y colaboraciones sin límite. Y además la autoría personal sin filtros es muy poderosa. Otra cuestión es reflexionar sobre quien va a leer los mensajes que por decenas de millares colgamos en la *plaza pública* (Vince 1997). Y es que los textos colgados solo en Internet son como “ahorcados mecidos por el viento, sin que nadie les preste gran atención”, en palabras del editor Jaime Vallcorba (2014), quien añade que “lo infinito de Internet, como cualquier otro infini-

to material sin límites, se asemeja peligrosamente al desierto”. Por eso la consideración del valor de la escritura creo que, lejos de disminuir, se ha acrecentado.

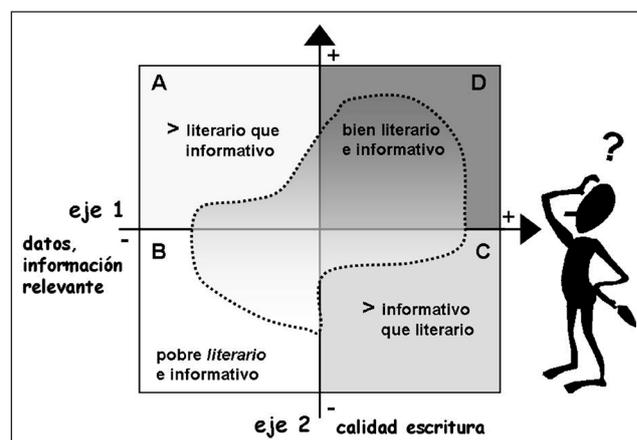


Figura 5. Los cuatro cuadrantes de tipos de escritura resultantes de considerar dos ejes: 1) el de los datos y relevancia de la información y 2) el de la calidad de la escritura.

Escribir es comunicar para ser leído, es más, creo que escribir es tener vocación de alcanzar influencia dentro de la comunidad científica. En cierto modo resulta algo parecido a lo que el famoso crítico literario Harold Bloom (2012) ha estudiado como *Anatomy of influence* en el campo de la literatura, es decir desvelar que autores, obras y estilos han ejercido gran influencia en la historia de la literatura y de que manera. Siguiendo la analogía en arqueología la *anatomía de la influencia* nos permitiría descubrir los autores, las escuelas de pensamiento y los estilos de escritura que han modelado - porque han resultado muy influyentes - la arqueología de nuestros días. Y en esa posible *anatomía* jugaría, sin duda alguna, un papel relevante la escritura, la manera de escribir el pasado. ¿Hasta que punto? En la actualidad lo ignoramos por completo; pero detrás de los autores más citados seguramente hay una escritura convincente y con mucha capacidad de comunicación. Volviendo a lo dicho más arriba esta es una razón más para abordar una historia de la escritura arqueológica.

No creo que haya un algoritmo, como el propuesto recientemente por un grupo de investigadores de la universidad neoyorkina Stony Brook, que pueda predecir el éxito de un libro de ficción con hasta un 84 por ciento de fiabilidad (Ashok et al. 2013), y mucho menos algo parecido en arqueología. Son muchos los factores y condicionantes que intervienen en el proceso de escribir un texto de éxito. Pero sí creo que puede existir una cierta correlación entre el buen estilo de escritura y el éxito de una

narrativa arqueológica. Todos conocemos a los arqueólogos que mejor escriben – además de la relevancia de sus contenidos - y su (re)lectura constituye el mejor ejercicio para encontrar un camino personal a la buena escritura.

2. EL PROCESO DE ESCRITURA EN ARQUEOLOGÍA

Hay investigadores que son capaces de escribir ante la pantalla en blanco de ordenador sin apenas ninguna otra ayuda y al final meten las referencias bibliográficas y otros que necesitamos preparar concienzudamente el acto de la escritura: realizar un guión detallado, tener abundantes notas manuscritas de lecturas, datos e ideas, los textos originales a mano, y con todo eso la escritura avanza lentamente y en ocasiones hasta penosamente, de forma lineal o por apartados. Recuerdo que el Prof. Almagro Basch uno de los consejos que me dio cuando empezaba a investigar fue “Vd. escriba siempre con tres hojas” y ante mi cara de asombro y extrañeza añadió que se trataba de tener una cuartilla con el guión que debería ser modificado continuamente, otra para escribir el texto del trabajo y la tercera para ir colocando las notas o referencias. Los procesadores de textos me ayudaron mucho pero he seguido fiel a ese sistema aunque debo confesar que el placer de la escritura a mano, con pluma estilográfica y lápiz rojo para ir marcando las citas me hizo demorar el paso a los ordenadores; me convencieron la comodidad de las modificaciones y el enorme tiempo que ahorran los procesadores de texto para todo. Al final una cuestión práctica.

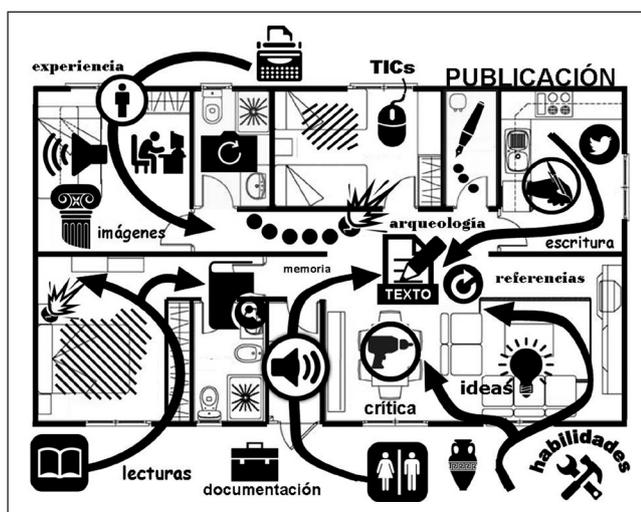


Figura 6. La escritura arqueológica es un proceso complejo que reúne muchos componentes y factores que interaccionan de forma diferente en cada autor. Lo importante es descubrir cual es el plano que funciona para cada uno.

Para mí el proceso de escritura de cualquier texto académico pasa por los siguientes puntos a nivel macroestructural: 1) ajuste del guión (lo que quiero decir) a la extensión en palabras de que dispongo, llegando incluso al *despiece* por epígrafe o apartado; 2) decisión sobre el tipo de aproximación al texto: narrativa lineal (*storytelling*), “en mosaico” o argumentativa (Connah 2010: 75-76); 3) diseño o arquitectura del texto, lo que significa proceder siguiendo una de mis metáforas favoritas: los planos de una casa; por tanto diseño de forma, orden de construcción, materiales a emplear y ajuste exacto entre cada acción. El diseño es fundamental porque llega hasta condicionar la forma de escritura.

A nivel micro las cuestiones clave de la escritura son tres: 1) construir bien los párrafos y la estructura de las oraciones. Eso es identificar bien la entidad de los párrafos, es decir su sentido e integridad – léase también extensión – es fundamental, así como huir de las frases largas y con verbos en forma pasiva; 2) conseguir buena conectividad entre párrafos, o lo que es lo mismo encontrar las *palabras conectoras* adecuadas para el tránsito lógico y enlazando el argumento de un párrafo a otro; y 3) hacer un buen uso de los signos de puntuación. A mis estudiantes les hago leer en voz alta de un golpe de voz párrafos de siete u ocho líneas que deben interrumpir cuando se les acaba el aire para su lectura, para que comprendan mejor la necesidad y valor de los puntos. Pero debemos recordar que la puntuación no es solo una cuestión de normas gramaticales sino también de estilo y gusto personal.

Una obsesión es comprender que la forma es tan importante como el contenido y aceptar que escribir académicamente es una tarea ardua y dura, especialmente si como suele ser habitual va acompañada de una fuerte presión de tiempo para su finalización. Una vez más reclamo la dimensión artesanal, de orfebre, de encaje preciso de las palabras en el discurso escrito, ni palabras de sobra que no dicen nada ni elipsis que hagan incomprensible una frase. Esa es la dificultad. Oraciones precisas con las palabras justas y con la menor extensión. Para ello Jesús Carrasco un joven escritor novel - autor de *Intemperie* (2013) una novela deslumbrante que remite a lo mejor de la narrativa en castellano -, decía en una entrevista reciente “mientras escriba, espero poder seguir mejorando mi habilidad para la poda”. Y es que, efectivamente, su escritura ha pensado cada palabra en todas sus dimensiones y podado todas aquellas innecesarias, para dejar una escritura limpia, esencial, plena, con una capacidad de evocación multisensorial impresionante. Gracias a un texto en el que cada palabra trabaja al cien por cien.

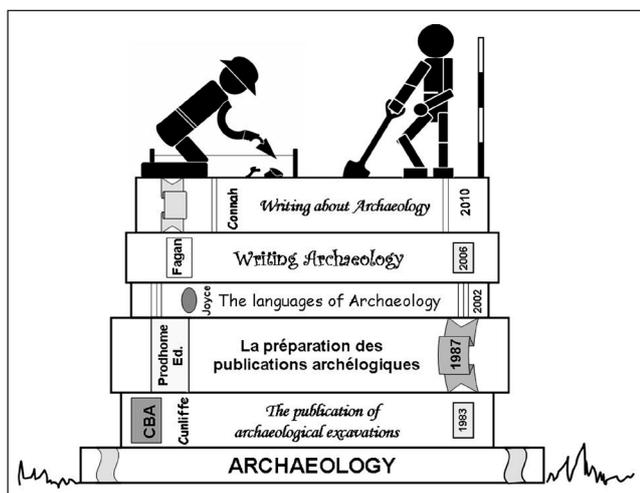


Figura 7. La “arqueología de papeles” es necesaria para conocer como se ha escrito el pasado y como escribirlo. El interés es muy reciente y revela el olvido tradicional de un aspecto clave de la arqueología. Hay mucho que *excavar* en las publicaciones de más de 150 años de arqueología moderna.

En arqueología deberíamos ejercitar más la poda y tener muy presente que difícilmente escribimos algo que no pueda ser escrito mejor y más brevemente. La escritura vigorosa es concisa. La concisión exige poda y la poda tiempo y estima por el trabajo bien hecho. Por eso trabajar con sucesivos borradores ayuda en el cuidado del texto y su versión final.

Las citas en el texto se pueden hacer siguiendo tres grandes sistemas (Connah 2010: 88): 1) notas a pie de página, más propio de la arqueología clásica por influencia de la Filología, que permite extensas notas de todo tipo, no solo referenciales, pero cada vez es menos común en las publicaciones arqueológicas; 2) el sistema Harvard, con referencia al autor y año de la publicación en el texto y un listado final ordenado alfabéticamente con las referencias completas. Es el más extendido y el que goza de mayor aprecio y 3) el sistema numérico que en texto referencia cada documento con un número y al final se adjunta la lista con la numeración completa de todos los documentos.

TEXTO-CAJA 1. LAS CITAS EN ARQUEOLOGÍA

Las referencias bibliográficas constituyen un elemento esencial de las publicaciones científicas sencillamente porque cumplen dos objetivos básicos: el reconocimiento del trabajo intelectual de otros y la información de la fuente para el lector. La bibliografía dice mucho sobre un trabajo: su grado de cono-



Figura 8. Las referencias bibliográficas son como las señales de una autopista, para la buena circulación (progresión del texto investigador): es preciso contar con las indicaciones precisas para poder circular con seguridad. Las referencias son como las señales de tráfico, orientan y sostienen el texto escrito.

A la crítica tradicional al sistema Harvard de que no permite texto en las referencias la respuesta es contundente: si lo que se quiere decir es importante entonces debe ir al texto principal y si no lo es simplemente debe suprimirse. Categórico pero con sentido. Por su parte el sistema numérico es útil para ensayos compilatorios con muchas referencias bibliográficas ya que con el Harvard se ocuparían líneas completas con las referencias de apellido y año; mucho mejor y ahorrador de espacio colocar sólo una cifra. Esa es su ventaja.

Un aspecto importante es asegurarse de que todas las referencias del texto están en la lista final de bibliografía y viceversa; el manejo de cientos de notas en un trabajo dificulta esa tarea. El programa *Endnote* es una buena ayuda porque construye las referencias y simultáneamente el listado final según se escribe. En cualquier caso ese chequeo de las referencias es tarea obligada antes de enviar un texto para su publicación.

cimiento del tema, su actualización y su amplitud de miras. No es poco. Y de alguna manera las citas son una combinación del conocimiento disciplinar del investigador y un arte personal para elegir las referencias más adecuadas y oportunas. Las revistas suelen indicar el modelo de referenciar pero habitualmente los errores en su empleo son numerosos porque se desconocen los fundamentos del buen uso de la citas. Como muy bien decía Lorenzo Abad (1998) la

forma de citar proporciona una radiografía científica del investigador. En sus propias palabras “las citas son una ventana abierta a través de la cual se muestra la personalidad científica, pero también - y sobre todo - humana del investigador”. De manera divertida pero muy real reconocía los siguientes ejemplos de citadores a evitar: 1) citador *compulsivo*, 2) *recitador* o citador secundario, 3) citador *aniquilante*, 4) citador *selectivo* y 5) *autocitador* (Abad 1998).

La bibliometría ha abierto un campo nuevo para estudiar el impacto de las citas y consecuentemente la influencia de los trabajos, pero también sobre algunos valores ocultos como los sesgos de género (Hutson 2002) y el abuso de autocitas (Hutson 2006). Es una aproximación muy interesante aunque casi inédita en nuestra arqueología.

Las citas en un texto de arqueología son como un escenario teatral con multitud de focos, que deben encenderse con el color, la intensidad y la cadencia precisa en cada momento para que la representación resulte excelente. Las citas, como los focos, deben elegirse por su *color*, *intensidad* y momento oportuno. Sin focos no puede haber representación y sin referencias no puede haber texto investigador. Pero además hay que manejarlas bien.

La tarea de búsqueda de bibliografía resulta afín a la tarea de “cazadores-recolectores” y aún de estricta búsqueda arqueológica de los documentos materiales del conocimiento existente sobre un determinado tema. Manejar todas las referencias fundamentales es el primer requisito de una buena investigación. El segundo paso consiste en su uso adecuado. Hay muchos manuales para el empleo correcto de las referencias bibliográficas, traducido al castellano un buen clásico es Harvey (2001) *Cómo se citan las fuentes*. Aún cuando las revistas y los editores indican el sistema de referencia a emplear es bueno conocer los principios que guían el buen uso de las referencias bibliográficas. Para mí se pueden resumir en cuatro principios:

- 1) principio de *pertinencia*, esto es cada referencia debe estar claramente justificada por su necesidad objetiva en el texto.
- 2) principio de *relevancia*, o lo que es lo mismo debe ser la referencia más oportuna, más exacta y más ajustada al discurso.
- 3) principio de *actualización*, hay que saber elegir la/s referencia/s más reciente/s aunque en

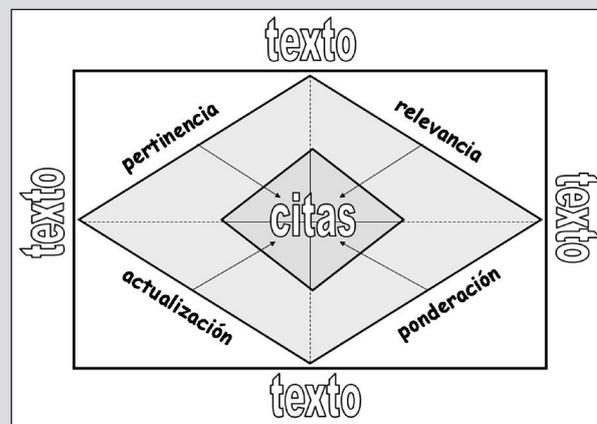


Figura 9. Los cuatro principios fundamentales del uso correcto de las referencias bibliográficas en un texto.

ocasiones se deba combinar con un criterio historiográfico si el texto lo exige e incluir referencia clásicas aunque sean antiguas. La *inclusividad* debe ser otro factor a tener en cuenta: ninguna referencia clave debe quedar fuera.

- 4) principio de *ponderación* o *ecuanimidad*, que significa realizar una elección de citas no condicionada por criterios sesgados sino en función del valor real de las propias referencias.

Y además se deben cuidar tres normas generales (Harvey 2002: 13-20): primera, el texto citado necesita un resumen conciso y ajustado que refleje claramente su autoría; segunda, realizar una identificación clara de quien “habla”, el autor del texto o la fuente citada y tercera, que exista una relación clara entre la fuente incluida en el texto y el argumento del mismo. Todo ello para evitar el plagio aún en sus formas más suaves. Por ejemplo un caso cada más frecuente es referenciar fuentes secundarias o de tercera mano cuando se cita un material, mapa o incluso una idea olvidando que siempre se debe citar la fuente original primera.

A la hora de escribir es importante recordar que una fuente puede aparecer citada de las siguientes maneras: 1) un resumen de sus ideas o datos principales, 2) una paráfrasis de la misma o de alguna de sus partes, 3) una cita directa concreta y 4) una referencia general orientativa-informativa. Y asegurarse que siempre que la cita exige incluir página/s concreta/s lo hacemos.

El ritmo del proceso de escritura es un factor muy personal. Lo fundamental es que cada uno descubra cual es el suyo o al menos el que mejor le funciona. Hay quien escribe con una autodisciplina prusiana, imponiéndose un número de palabras determinado por día de trabajo – y lo cumple – y quienes, mucho más anárquicos, podemos pasar días de sequía total y otros de febril actividad redactora.

Como hemos visto hasta finales del s. XX no se cuestionó la naturaleza de la escritura arqueológica. Y una de las críticas centrales fue que la arqueología escrita era aburrida y consecuentemente poco interesante (Boivin 1997). Boivin aludía, entre otras cosas, a problemas con la jerga utilizada y la integración de los informes de especialistas en el texto principal. Todo depende de cómo entendamos lo de aburrido, lo de interesante y la relación entre uno y otro. Un análisis más ponderado de las virtudes de la escritura académica en arqueología cuestiona, de forma razonable, que aburrido no significa necesariamente carente de interés y que produciendo textos menos aburridos automáticamente tampoco serán más interesantes (Stevens 1997). Es cierto que lo más importante de la escritura arqueológica es su capacidad para comunicar conocimientos e ideas (Harding 2007), al tiempo que afirma la condición de experto/s en el campo a sus autores (Stevens 1997: 129).

¿Debe cualquier texto arqueológico interesar a cualquier arqueólogo? Para algunos la respuesta es rotundamente negativa pero creo que es algo discutible; es posible que mis intereses investigadores no me lleven a la lectura de un trabajo muy alejado de ellos y que por tanto no me resulte atractivo e interesante. No tiene nada de extraño. Pero si por cualquier razón lo leo y me deja completamente indiferente y pienso que no aporta nada ni tiene interés alguno para un arqueólogo creo que hay un grave problema. Porque en principio cualquier estudio arqueológico debería llevar a un aprecio por distante que se encuentre de nuestra especialidad e intereses. El contenido claro, la forma de exposición, la manera de destacar lo interesante del trabajo deberían ser exigibles a todos los textos de arqueología, independientemente del espacio, tiempo, tradición arqueológica y especialidad. Si lo hiciéramos así muchas narrativas del pasado no superarían la prueba.

3. EL VALOR DE LAS ILUSTRACIONES EN EL DISCURSO ESCRITO ARQUEOLÓGICO

Las imágenes son un componente fundamental de la publicación arqueológica y la arqueología en cualquiera

de sus especialidades no es concebible sin ilustraciones. Como bien ha dicho Moser (1998) prácticamente todo en arqueología es reducible a imágenes, a lenguaje visual: mapas, fotos de sitios, planimetrías y secciones, materiales, diagramas, gráficos analíticos, reconstrucciones hipotéticas, etc... Difícilmente se puede comunicar en arqueología sin imágenes, por eso su valor es muy grande (Connah 2010: 91-135). Comparto la opinión de Connah (2010:92) de que el buen arqueólogo debe ser capaz de pensar visualmente igual que literariamente. Y de la misma manera, hay tantos motivos para cuidar las ilustraciones como para cuidar el texto. Stuart Piggot (1965: 165), un adelantado en la defensa de las imágenes arqueológicas afirmó que “toda ilustración técnica y científica es a la vez símbolo y comunicación, un lenguaje icónico dirigido a la audiencia del autor en pie de igualdad con el texto escrito”. Y hay que separar las diferentes habilidades para el dibujo, la fotografía o la infografía de cada investigador de otra cuestión: superar el *analfabetismo visual*, es decir desarrollar la capacidad para pensar con y a través de imágenes aunque luego las realicen otros.

Para mi no resulta excesivo afirmar que las ilustraciones comunican con mucha más gente, con más exactitud y más rápidamente que el texto. Si existe una buena integración texto-imágenes estas últimas tiene distintas funciones: pueden sustituir a textos excesivamente largos y complejos, pueden complementar al discurso escrito evitando la *cacoverboiconía* o también pueden ser adorno relajante, contribuyendo – a modo de oasis – a una *tregua* y reposo relajante para el lector.

La innovación en las ilustraciones es una necesidad urgente y siempre hay posibilidades. Una reciente es el retrato robot de un texto con el programa *Wordle* de JAVA que construye imágenes de palabras en las que el tamaño de cada una es proporcional a su uso en el texto. Un divertimento pero una herramienta gráfica con posibilidades para estudios comparativos de léxico y de cierto valor didáctico.

La fotografía y el dibujo a línea son las técnicas más habituales de documentación e ilustración gráfica. La fotografía nació en arqueología para aportar veracidad, como elemento probatorio documental (Bohrer 2011) y su papel ha ido evolucionando lentamente hasta hoy (Reyero 2007). Renovar la fotografía arqueológica es una necesidad y la fotografía digital, su combinación con dibujos y los enfoques postprocesuales (Shanks y Svabo 2013) están creando una nueva etapa en la investigación arqueológica al lado de los cánones tradicionales que permanecen (Ruiz Zapatero 2014). El dibujo de mate-

riales arqueológicos, contextos de excavación y reconstrucción artística cuenta con diversidad de escuelas nacionales y cada vez mayor creatividad, aunque es cierto que los cánones de la ilustración han sido muy clásicos y escasamente cambiantes (Hawker 2001, de Luis 2010, Priestley 1991).

Si algún consejo se puede dar para mejorar el aparato gráfico de los trabajos es uno claro: las ilustraciones tienen que hablar por si mismas. Y si no lo hacen es que no son buenas ilustraciones. Y, además, hay que tener curiosidad para hojear las ilustraciones de cualquier publicación, incluyendo por supuesto los libros y revistas en lenguas que incluso no conocemos porque es una fuente de inspiración. La anécdota del Prof. Grahame Clark es muy reveladora (Connah 2010: 105). En una de sus clases pidió a sus alumnos que se fijaran atentamente en una ilustración de cierta publicación, alguien exclamó inmediatamente: “pero Profesor ... ¡el trabajo está escrito en polaco! A lo que Clark respondió tranquilamente “Eso es verdad pero las ilustraciones están en inglés”.

4. LOS PRINCIPALES GÉNEROS DE LA ESCRITURA ARQUEOLÓGICA

La monografía. Los estudios de conjunto de excavaciones o materiales arqueológicos precisan integrar mucha información de distinta naturaleza. Y por ello hay evitar que se conviertan en meros catálogos, de escritura densa, difícil legibilidad y consecuentemente de consulta complicada.

La memoria de excavación es el género más antiguo y el que todavía suscita más reflexiones y críticas desde las quejas de su absoluto tradicionalismo y convencionalismo (Bradley 2006, Hodder 1989) a la pura preparación formal de cara a la publicación (White 1983) y más recientemente, en algunas tradiciones arqueológicas, aclarar su estricto esquema reglamentista para garantizar su conservación y difusión (Soulier 2011). En todo caso me quedo con las reflexiones de Bradley (2006) brillantes, agudas y cargadas de sabiduría como todos sus trabajos; una lectura obligatoria para cualquier arqueólogo.

Dos obsesiones han planeado tradicionalmente sobre este género: primero, todo, absolutamente todo tiene que estar en la memoria y segundo, se deben separar claramente los datos presentado de su interpretación. Las dos obsesiones crean diferentes tipos de problemas. Sobre la primera, el crecimiento de los costes de la edición en papel llevo en las décadas de 1980 y 1990 a

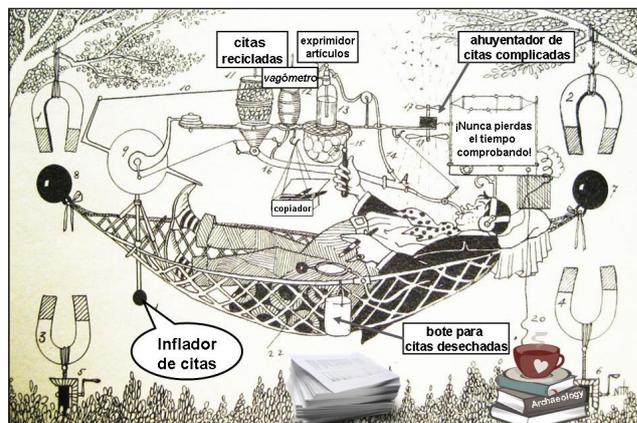


Figura 10. La hamaca aérea “comfort” resulta muy adecuada para los investigadores perezosos y todos aquellos que no quieran esforzarse en el buen manejo de la bibliografía. Pero la comodidad y la pereza hunden la solidez y consistencia de las referencias bibliográficas y con ello del texto. (Dibujo modificado de Nit en VV.AA 2007).

buscar alternativa en las microfichas y desde entonces en la edición electrónica que ofrece ventajas: mínimo coste, posibilidad de extensión amplia, inclusión de color, etc. Es probable que los tiempos de las buenas ediciones en papel tengan sus días contados a pesar de la incertidumbre sobre la perdurabilidad de la edición electrónica. Si se quiere evitar el efecto de textos demasiado largos (¿Quién lee hoy una memoria de 2000 páginas?) se puede intentar reducir texto, por un lado encapsulando información en ilustraciones, histogramas, tablas etc... y por otro, creando apéndices con un cuerpo de letra menor. La buena integración en la interpretación general de los apartados analíticos e informes de especialistas es algo absolutamente fundamental en una memoria.

Por último aunque la presión de las evaluaciones de investigación basadas en los modelos de las ciencias duras cada vez son más agobiantes, en arqueología hay que seguir defendiendo el gran valor de monografías y libros que deberían ser considerados como las publicaciones más valiosas frente a la obsesión en los *papers* de las disciplinas de ciencias.

El artículo. Sin duda alguna es el género más prolífico, las revistas crecen casi sin fin, las hay de todos los niveles de orientación y calidad y constituyen el frente principal de la investigación arqueológica. Muchas revistas han creado unos estilos de artículos que conviene conocer y seguir si se quiere ser publicado eso significa que debemos elegir aquella revista que mejor se ajuste a nuestro tema, enfoque y características. La estructura de los *papers* se encuentra muy estandarizada y sus partes

bien establecidas y diferenciadas (introducción, estado de la cuestión, presentación de datos, discusión de los mismos y conclusiones).

Quizás lo verdaderamente importante es estar convencidos de que nuestro trabajo tiene algo significativo que aportar; luego habrá que saber como contarlo. Todo ello presidido por economía de palabras y claridad en la escritura. Todo se puede resumir hasta extremos increíbles y hay que aprender a hacerlo. Sobre los celtas hay montones de libros, muchos muy voluminosos pero Ch. Scarre (2005: 430) fue capaz de escribir sobre ellos una sola página admirable con buenos contenidos, actualización de datos y fuerte criticismo. Una página para aprender como se puede decir mucho en muy poca extensión. La clave: saber qué es lo que hay que dejar fuera y seleccionar fuertemente la información para quedarse con lo verdaderamente relevante y más importante. Los artículos exigen datos / ideas relevantes, concisión, claridad, referencias actualizadas y buena ilustración. Los artículos de *Science* o *Nature* son muy útiles para aprender a resumir. Y si no hay espacio para la escritura heterodoxa hay que contenerse siguiendo bien las instrucciones de la revista para los autores.

Todas las partes de un artículo deben cuidarse por igual y quizás en muchas ocasiones los títulos de los artículos no se piensan bien, con títulos largos y tediosos que parecen anunciar lo que viene detrás o demasiado modernos y provocativos en exceso cuyo contenido luego defrauda. Títulos breves, claros, originales y que respondan al verdadero contenido del trabajo son buenas opciones. Los resúmenes o *abstracts* también suelen descuidarse, escribiéndose apresuradamente sin concederles la importancia que tienen. El error más común es resumir que es lo que va a hacer el artículo en lugar de presentar que es lo que ha logrado, resumiendo toda la información esencial.

La recensión. Es aprehensión y valoración crítica de un texto y eso no se puede lograr si no constituye simultáneamente un acto de apreciación del otro, de apreciación de la ideas del otro, aunque por supuesto se pueda disentir cuanto se quiera. En ese sentido las buenas reseñas son, de alguna manera, actos de generosidad, de abrirse a otras propuestas, lo que finalmente – no debe olvidarse – redundan en beneficio propio. La recensión es, en otras palabras, mimesis sucinta y crítica valorativa. Las dos caras indisociables de una reseña son resumen/ contenido y evaluación. Sin lo segundo no hay en sentido estricto recensión. En nuestra tradición arqueológica no ha habido mucho aprecio por las reseñas, al menos eso parece desprenderse de su escasa presencia en las revistas especializadas como señala hace ya tiempo lanzando un S.O.S. (Ruiz Zapatero 1987) solo parcialmente atendido. Con todo es cierto que algo ha mejorado el panorama (VV. AA. 1997) aunque la cantidad y calidad de las reseñas sigue siendo más bien escasa. La experiencia que iniciamos con *Arccrítica* (8 números entre 1991 y 1994) – una revista tabloide dedicada exclusivamente a reseñas de arqueología editada por la desaparecida librería madrileña TIPO y dirigida por Marisa Ruiz-Gálvez y este autor-, tuvo una vida efímera pero dejó algunas muestras de buenas reseñas de más de 60 investigadores. También es cierto que el panorama internacional ha ido a menos, con demasiadas revistas que excluyen las reseñas y otras que les dedican poca atención e incluyen un número de reseñas reducido (Ruiz Zapatero 1997).

La importancia de las reseñas es grande porque, de alguna forma, son la conciencia crítica de la propia disciplina. Posiblemente el reducto más abierto, sincero y representativo (Connah 2010:56-57). Ese creo que es su mayor valor ya que el informativo ha perdido casi su sentido con la superior visibilidad de Internet.

TEXTO CAJA 2. ANATOMIA DE UNA RESEÑA

La recensión o reseña de libros es un género difícil frente a una opinión bastante extendida en sentido contrario. Y es difícil porque exige: 1) conocimiento general - y a ser posible especializado - del tema del libro, 2) lectura atenta y anotada que implica un tiempo reposado y habitualmente largo sobre todo si se trata de otro idioma, 3) combinar la presentación del contenido básico de la obra con una valoración crítica y 4) hacerlo en un número mínimo de pala-

bras, que puede oscilar de las más breves en apenas 600 palabras a las que pueden llegar a las 1500-2000 palabras. Lo que obliga a pensar profundamente el texto. Cuanto más breve es un texto la necesidad de reflexionar sobre su *arquitectura*, disponer los materiales y proceder a su construcción es mayor. Se atribuye a Sir Winston Churchill la afirmación de que podía dar mítines sin papeles durante horas pero si tenía que hablar en la radio 5 ó 10 minutos se encerraba a preparar un guión durante una hora. Algo parecido sucede con la redacción de una reseña: su intensidad requiere tiempo y reflexión.

El mejor ejercicio para escribir buenas reseñas es leer muchas y buenas reseñas y escribirlas habitualmente con una dosificación adecuada. Y vale cualquier tipo de reseñas, a mis estudiantes les recomiendo leer las reseñas del historiador Ricardo García Cárcel – especialmente en el *ABC Cultural* – porque son excelentes y un buen ejemplo de todo lo señalado más arriba. Y desde luego, también, las publicadas en las mejores revistas internacionales de arqueología.

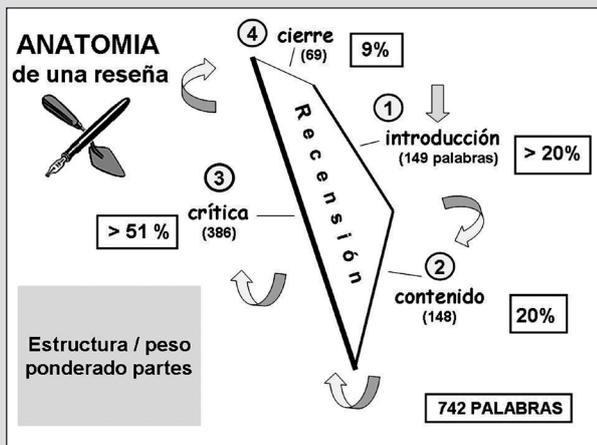


Figura 11. Extensión relativa de cada apartado, medida en palabras, de la reseña de P. G. Bahn (2012).

Un ejemplo que he utilizado en mis clases de Máster es la reseña de P. G. Bahn al libro de A. J. Lawson (2012) *Painted Caves*. Oxford, OUP publicada con el título de *Rock of Ages* en el *Times Literary Supplement* (9-XI-2012, nº 5719). La disección de la reseña permite reconocer nítidamente cuatro partes:

- 1) *Introducción*, con una breve contextualización de la obra y dos críticas de entrada ya en los dos primeros párrafos, incluyendo el propio título, que permiten hacerse una idea de por donde seguirá la valoración. Supone alrededor de un 20% del total del texto.
- 2) *Contenido / estructura del libro*, con una breve y concisa situación de los temas y su disposición en el texto. Representa poco más del 20% del comentario.

3) *Crítica de fondo y de detalle*, que significativamente como buena reseña ocupa más espacio que cualquier otra parte, algo más del 51% del texto. Para reforzar el contenido crítico e informativo de dos aspectos clave (sobre las fechas antiguas de cuevas cantábricas y la posibilidad abierta a un autoría neandertal y el descrédito a la cronología antigua de Chauvet) se citan – a pesar de ser una reseña tan corta – dos artículos recientes en revistas de prestigio (*Science* y *Quartär*) con autoría de prestigiosos investigadores. Se lamenta la ocasión perdida de haber realizado una buena crítica a la situación de Lascaux y se insiste en que prácticamente el libro no cuestiona casi nada, especialmente ideas erróneas como la obsesión chamánica de los estudios de Lewis Williams, que compara con un caso divertido pero duro: el de Mr. Bean en la Apertura de los Juegos Olímpicos de Londres en el verano de 2012, continuamente dando la misma nota.

4) *Cierre / valoración final de conjunto*, que exhibe la clásica corrección británica pero califica el libro como “bonito”, con algunos errores y limitaciones en numerosas partes y que encima no tiene claro quien es su destinatario. Para finalizar con una ironía muy *british* sobre el precio (90 libras esterlinas- 180 dólares americanos). Es un breve párrafo final que representa poco más del 9% del total del texto.

La reseña de Bahn es informativa (de que trata el libro), es contextualizadora (sitúa bien el texto en el panorama de los estudios del arte paleolítico) y fundamentalmente es crítica. La arquitectura geométrica, resumida en el trapecio asimétrico según la extensión de cada apartado, es una prueba más de una buena reseña. Otras reseñas, aplicando el mismo esquema, no tendrían el lado más largo en la crítica y sí – con casi toda seguridad – en el contenido. Y las llega a haber como trapecio incompleto: sin lado de la crítica. Pero eso no son reseñas.

Por otro lado, es cierto que pocas veces se ha reparado en un hecho: las reseñas, dentro de los géneros académicos, sobresalen por su asimetría ya que generalmente no hay derecho de réplica o este solo se concede en casos

muy especiales. En cierto modo hay una especie de responsabilidad estructural de las revistas como instituciones porque resulta evidente que el recensionista escribe sabiendo que, a pesar de posibles errores, nadie le va a exigir

corregir lo dicho, responder a objeciones y mucho menos retractarse de lo escrito (Martins 2010). O dicho de otra manera existe una gran indefensión frente a lo que Martins ha llamado *recensiones rencorosas*. Por eso se deben evitar las reseñas ofrecidas personalmente y estudiar con detalle por parte de las revistas a qué autores se invita para escribir las. Todo recensionista debe ser lo más distante posible del autor o autores de los libros reseñados y por supuesto no haber mantenido polémica o no haber estado implicado en problemas de enfrentamiento personal. En otras palabras situarse en una posición de *free value*. Y a pesar de todo eso se publican *recensiones rencorosas*, *recensiones hagiográficas* y *recensiones hagiográficas de amigo*. Frente a ello poco se puede hacer aunque se han sugerido varias posibilidades (Martins 2010) como: 1) crear un código de buenas prácticas de recensiones pues las revistas ofrecen indicaciones precisas sobre la extensión, estilo de referencias y fechas de entrega pero poco más. Se podrían detallar las *obligaciones morales del recensionista* más allá de lo básico: informar del contenido del libro y evaluarlo críticamente evitando descalificaciones y tono ofensivo. 2) crear figuras de *ombudsman*, al que los autores recensionados pudieran acudir para buscar amparo y protección ante malas prácticas de reseñar. Y 3) prescindir de las reseñas, desgraciadamente lo más habitual, y dejar en todo caso una sección de Nuevos Libros a título meramente informativo y aséptico.

La divulgación arqueológica. Se trata de un género que tiene entre nosotros un desprestigio infundado, porque es verdad que no es equiparable a la investigación pero juega un papel cada vez más importante en las sociedades contemporáneas. Y además, frente a una creencia bastante generalizada, es un género difícil, que exige conocimientos, capacidad de comunicación y escritura atractiva y motivadora.

Los dos objetivos centrales de cualquier texto de divulgación arqueológica deben ser: conseguir la legibilidad y clara comprensión conceptual para no-especialistas y evitar la simplificación excesiva que desvirtúe la narrativa. Para lograrlo se deben tener presente una serie de recomendaciones (Connah 2010: 154-155): 1) evitar la jerga o lenguaje muy técnico, 2) emplear una gramática sencilla, 3) emplear un vocabulario fácilmente comprensible, 4) plantear una estructura sencilla y clara del texto, 5) usar un estilo vigoroso y atractivo que mantenga la *historia*, 6) ilustraciones buenas, imaginativas y atractivas visualmente, y 7) buscar conexiones o implicaciones de la historia del pasado con el presente.

Siempre he pensado que la gente, las diversas audiencias hasta las más desinformadas, puede ser ignorante -en el noble sentido de la palabra, es decir desconocer algo-, pero nunca estúpida. Si uno tiene una buena historia y sabe contarla bien prácticamente todo el mundo la entenderá; es más si uno no es capaz de contar una investigación, un tema de forma comprensible, lógica y clara es muy posible que el problema sea que en su cabeza esas virtudes no existen, porque no existen tampoco en su propia investigación.

Es posible que como dice Connah (2010: 155) los arqueólogos tendamos a pensar que existe un “síndrome de Hollywood”, es decir que la gente está más interesada en la fantasía del pasado que en la realidad arqueológica. Y puede que para un sector del público sea así, como revela el cierto éxito de las revistas *esotérico-arqueológicas*, pero la buena venta de libros serios, bien escritos sobre el pasado arqueológico demuestra que se puede tener gran éxito si se hacen las cosas bien. Los libros de Brian Fagan sobre el saqueo de antigüedades, el cambio climático a lo largo de la Prehistoria o el proceso del primer poblamiento en América o los del Equipo de Atapuerca en España constituyen la prueba de dos cosas: el interés real por el pasado de mucha gente y la capacidad de algunos arqueólogos de satisfacer ese *hambre de historia*.

La arqueología tiene audiencias potenciales relativamente amplias, pero también es cierto que debemos esforzarnos por conocer mejor que es lo que la gente quiere leer. Sólo de esa manera podrá crecer el interés y la lectura popular de temas arqueológicos. Lamentablemente no contamos con editoriales de divulgación científica y humanística del estilo de la francesa *Que sais je ?* o la británica *Shire Books* que incluyen buenos y breves libros de divulgación. Recientemente el CSIC en colaboración con la editorial comercial Libros La Catarata ha lanzado una colección que quiere cubrir ese ámbito y se han publicado ya varios títulos de arqueología. La llave del éxito es combinar autores de prestigio, textos breves, buenas ilustraciones y precios asequibles. Y sobre todo, como decía más arriba, por parte de los investigadores hace falta prestar más atención a la gente, a los temas que demandan y sacar tiempo para escribir este tipo de libros, que ayudan a la disciplina, a la gente y creo que hasta a los propios autores para pensar con más claridad.

El objetivo de publicar en revistas *generalistas* es muy importante porque asegura, automáticamente, la ampliación de lectores. Pero el verdadero caladero está en Internet, donde la academia está poco presente y los aficionados, algunos muy profesionales en calidad, son cada vez más y con más lectores; además las barreras entre unos y otros se

difuminan abriendo un nuevo escenario (Parra 2013). Y el riesgo más importante que se corre siempre es el de traspasar las *líneas rojas* de lo que llamo el “mínimo innegociable”, el nivel del rigor y veracidad irrenunciable al que se debe aspirar siempre en la arqueología de divulgación.

5. CODA

La práctica de la arqueología trata tanto del trabajo de campo y laboratorio como de la escritura (Francovich y Manacorda 1990). Pero la escritura ha recibido muy poca atención. Y necesitamos para el futuro próximo varias cuestiones: 1) ampliar la conciencia del valor de una arqueología de los textos arqueológicos, 2) realizar una reflexión más profunda sobre las formas de contar el pasado y 3) explorar nuevas fórmulas que llenen el vacío que creo todos sentimos al descubrir la brecha y las ausencias entre la experiencia de exhumar el pasado y lo que encontramos en los textos que escribimos.

La arqueología es escritura, escritura polifónica y poligráfica, que intenta captar, recuperar y representar la memoria de los restos materiales enterrados. Y no tiene recetas mágicas, más allá de escribir, escribir y re-escribir, con inteligencia, sensibilidad y pasión. Pensando que cada texto merece nuestra mayor consideración y que, por tanto, le dedicamos toda nuestra capacidad, nuestro esfuerzo y nuestro tiempo. No en vano los textos escritos son los vestigios arqueológicos que dejamos los arqueólogos.

Recepción artículo: 22/09/2014

Aceptación: 09/10/2014

BIBLIOGRAFÍA

- ABAD CASAL, L. (1998): Sobre citas, citadores y modos de citar, *Arte y Letras (Alicante)*, 14-05-1998: 56.
- ALCOCK, L. (1978): Excavation and publication: some comments, *Proceedings of the Society of Antiquaries of Scotland*, 109: 1-6.
- ALLEN, M. (2002): Reaching the Hidden Audience: Ten Rules for the Archaeological Writer, in *Public Benefits of Archaeology*, edited by Barbara J. Little, pp.244-252. Gainesville: University Press of Florida
- Anónimo (2012): Why the Publication of Archaeology 2.0 has Important Implications for the Future of Academic Publishing. En Digital Digging (<http://digitaldigging.net/why-the-publication-of-archaeology-2-0-has-important-implications-for-the-future-of-academic-publishing/>).
- ASHOK, V. G., FENG, S. y CHOI, Y. (2013): Success with Style: Using Writing Style to Predict the Success of Novels, *Proceedings of the 2013 Conference on Empirical Methods in Natural Language Processing*: 1753–1764.
- AUBIN, G. (2012): Les métiers de l'archéologie. La publication scientifique, *Archeotema. Revue d'histoire et d'archéologie, Hors serie* 5: 96-97.
- BEAUNE DE, S. A. Dir. (2010): *Écrire le passé. La fabrique de la préhistoire et de l'histoire à travers les siècles*. Paris, CNRS.
- BENDER, B., HAMILTON, S. & TILLEY, C. (1997): Lesernick: stone worlds; alternative narratives; nested landscapes, *Proc Prehist Soc* 63, 147-78.
- BENDER, B., HAMILTON, S. y TILLEY, Ch. Eds. (1999): *Stone Worlds. Narrative and Reflexivity in Landscape Archaeology*. Walnut Creek, CA, Left Coast.
- BERG, C. M. (2007): Using the Fictionale Tale as a LearningTool. En Burke. H. Y Smith, C. Eds. *Archaeology to Delight and Instruct. Active Learning in the University Classroom*. Walnut Creek, Left Coast Press: 234-240.
- BERNBECK, R. y VAN DYKE R. Eds. (en prensa): *Alternative narratives in Archaeology*. University Press of Colorado, Boulder.
- BINKS, G., DYKE, J. y DAGNALL, P. (1988): *Visitors Welcome: A Manual on the Presentation and Interpretation of Archaeological Excavations*. Manchester Polytechnic / English Heritage.
- BLOOM, H. (2012): *The Anatomy of Influence. Literature as a Way of Life*. Yale, Yale University Press.
- BOIVIN, N. (1997): Insidious or just boring? An examination of academic writing in archaeology, *Archaeological Review from Cambridge*, 14 (2): 105-125.
- BOHRER, F. N. (2011): *Photography and Archaeology*. Londres, Reaktion Books.
- BOULTON, P. (1991): *Signposts for Archaeological Publication*. Council for British Archaeology. Londres,
- BRADLEY, R. (2006): The excavation report as a literary genre: traditional practice in Britain, *World Archaeology* 38 (4): 664-671.
- CARVER, M. (2008): *Portmahomack: Monastery of the Picts*. Edinburgo, Edinburgh University Press.
- CLARKE, H. (2012): Reality and the smartphone, *Assemblage*, (<http://www.assemblage.group.shef.ac.uk/features/state-of-the-arch/164-reality-and-the-smartphone>).

- CONNAH, G. (2010): *Writing about Archaeology*. Cambridge, Cambridge University Press.
- CROSSLAND, Z. (2014): Writing archaeology, *Savage Minds. Notes and queries in Anthropology* (<http://savageminds.org/2014/03/03/writing-archaeology/>).
- CUNLIFFE, B. W. (1983): *The Publication of Archaeological Excavations*. Joint Working Party of the Council for British Archaeology and the Department of the Environment. Londres.
- CUNLIFFE, B. (1996): Forward, *Internet Archaeology*, 1, <http://intarch.ac.uk/journal/issue1/foreword.html>.
- CHIPPINDALE, CH. (1996): On writing about archaeology in English language, *Archaeological Dialogues* 3 (1): 47-55.
- CHIPPINDALE, CH. (2005): Colleagues, talking, writing, publishing. En H. D. G. Maschner y C. Chippindale (eds.) *Handbook of Archaeological Methods*. Lanham: Altamira Press, II: 1339-71.
- DJINDJIAN, F. (2004): La publication scientifique en langue naturelle est-elle en archéologie un discours logique? Essai de conception d'un langage cognitif d'aide à la publication, *Archeologia e Calcolatori*, 15: 51-61.
- ECONOMOU, M. y PUJOL, L. (2011): Evaluating the use of virtual reality and multimedia applications for presenting the past. En Styliaras, G. D., Koukopoulos, D. y Lazarinis, F. Eds. *Handbook of Research on Technologies and Cultural Heritage: Applications and Environments*. Nueva York, IGI Global: 223-239.
- EDMONDS, M. (1999): *Ancestral Geographies of the Neolithic Landscapes, monuments and memory*. Londres-Nueva York, Routledge.
- EVE, S. (2012): Augmenting Phenomenology: Using Augmented Reality to Aid Archaeological Phenomenology in the Landscape, *Journal of Archaeological Method and Theory*, 19 (4): 582-600.
- FAGAN, B. M. (2006): *Writing archaeology: Telling stories about the past*. Walnut Creek, CA., Left Coast Press.
- FLANNERY, K. (1982): The Golden Marshalltown: A Parable for the archaeology of the 1980s, *American Anthropologist*, 84 (2): 265-278.
- FRANCOVICH, R. y MANACORDA, D. Eds. (1990): *Lo scavo archeologico dalla diagnosi all'edizione*. Florencia, All'Insegna dell' Giglio.
- FRERE, S. (1975): *Principles of Publication in Rescue Archaeology*. Londres, HMSO: DoE.
- GARCÍA CARDIAEL, J. (2012): Recensión de Connah, G. Writing about archaeology. Cambridge, Cambridge University Press, 2010, *El Futuro del Pasado*, 3: 547-550.
- GERMANO, W. (2008): *Cómo transformar tu tesis en libro*. Madrid, Siglo XXI.
- GIBBON, G. (2013): *Critically reading the theory and methods of archaeology: an introductory guide*. Lanham (MD), Altamira.
- GRINSELL, L., RAHTZ, P. y WILLIAMS, D.P. (1974): *The Preparation of Archaeological Reports*, 2nd edition. Londres, Barker.
- HAMILTON, S. (1999): Lost in translation? A comment on the excavation report, *Papers from the Institute of Archaeology* 10: 1-8.
- HARDING, A. (2007): Communication in Archaeology, *European Journal of Archaeology*, 10 (2-3):119-133.
- HARVEY, G. (2001): *Cómo se citan las fuentes. Guía rápida para estudiantes*. Madrid, Nuer Ediciones.
- HAWKER, J.M. (2001): *A Manual of Archaeological Field Drawing*. Rescue. Hertford.
- HERNÁNDEZ HERNÁNDEZ, F. (2010): *Los museos arqueológicos y su museografía*. Gijón, Ediciones Trea.
- HODDER, I. (1989): Writing archaeology: site reports in context, *Antiquity* 63: 268-274.
- HODDER, I. Ed. (2005): *Inhabiting CatalHöyük reports from the 1995-99 seasons*. Cambridge, British Institute of Archaeology at Ankara – McDonald Institute (Monographs 38)
- HUTSON, S.P. (2002): Gendered Citation Practices in *American Antiquity* and other Archaeological Journals, *American Antiquity*, 67 (2): 331-.
- HUTSON, S. R. (2006): Self-Citation in Archaeology: Age, Gender, Prestige, and the Self, *Journal of Archaeological Method and Theory*, 13(1): 1-18.
- JONES, A.M (2013): 'It started with things'. An interview with Professor Richard Bradley, *Archaeological Dialogues*, 20 (2): 175-185.
- JONES, S.; MACSWEEN, A.; JEFFREY, S.; MORRIS, R. y HEYWORTH, M. (2001): *From the ground up: The publication of archaeological projects. A user needs survey*. Council for British Archaeology (<http://www.britarch.ac.uk/pubs/puns/index.html>). Acceso 20-XI-2012.
- JOYCE, R.A.; GUYER, C.; JOYCE, M.; LOPIPARO, J. y PREUCCEL, R. (2002): *The languages of archaeology: Dialogues, narrative and writing*. Oxford, Blackwell.

- KALM, A. (2010): Recensión de Connah, G. Writing about archaeology. Cambridge, Cambridge University Press, 2010, *Archaeological Fieldwork in Estonia*, 2010: 248-250. (http://www.kirj.ee/public/Estonian_Journal_of_Earth_Sciences/2010/issue_1/earth-2010-1-80-89.pdf).
- KINTIGH, K. (2005): Writing Archaeology: Analyses and Archaeological Argumentation, *The Archaeological Record* 5(4): 33-35.
- KLESERT, A. L. (1999): You Too Can Write Good: Writing about Archaeology for Local Newspapers, *SAA Bulletin*, 16 (3). (<http://www.saa.org/Portals/0/SAA/publications/SAAbulletin/16-3/SAA17.html>)
- KULIK, K. (2006): Archaeology and British television, *Public Archaeology* 5, 75-90.
- LAVELL, C. (1981): Publication: an obligation. Archaeological documentation in Britain today, *Bulletin of the Institute of Archaeology* 18, 91-125.
- LE BRUN, E. (2013): *L'Art Préhistorique en Bande Dessinée. Deuxième époque*. Grenoble, Glénat.
- LUIS DE, I. (2010): *Dibujo de campo y topografía para arqueólogos*. Madrid, Ediciones Bornova (EDAR, Arqueología y Patrimonio).
- MARTINS, H. (2010): Drawing the venom from the poisonous pen of rancorous reviews, *Times Higher Education*, 13 mayo 2010.
- MITCH, A. (2002): Reaching the Hidden Audience: Ten Rules for the Archaeological Writer. En B. J. Little (Ed.) *Public Benefits of Archaeology*. Gainesville, University Press of Florida: 244-252.
- MICKEL, A. (2012): The Novel-ty of Responsible Archaeological Site Report: How Writing Fictive Narrative Contributes to Ethical Archaeological Practice, *Public Archaeology*, 11 (3):107-122.
- MOSER, S. (1998): *Ancestral images: The iconography of human origins*. Ithaca, NY, Cornell University Press.
- PARRA CASTILLO, S. (2013): Colaboración 2.0. El futuro de la divulgación científica, *Mètode*, 79: 36-41.
- PAULATI, L. (2013): Les écritures de l'archéologie, (<http://calanda.org/256823>).
- PIGGOT, S. (1965): Archaeological draughtsmanship: principles and practice. Part I: principles and retrospect, *Antiquity*, 39: 165-76.
- PILCHER, N. (2011): The UK postgraduate Masters dissertation: en "elusive chameleon"?, *Teaching in Higher Education*, 16 (1): 29-40.
- PLUCIENNIK, M. (1999): Archaeological narratives and other ways of telling, *Current Anthropology* 40 (5): 653-668.
- POWELL, K. (2012): Publishing. Foreign tongues, *Nature*, 487: 129-131.
- PRAETZELLIS, A. (2000): *Death by Theory: A Tale of Mystery and Archaeological Theory*. Walnut Creek, CA., AltaMira Press..
- PRAETZELLIS, A. (2003): *Dug to Death: A Tale of Archaeological Method and Mayhem*. Walnut Creek, CA., AltaMira Press..
- PRIESTLEY, G. (1991): Cartografía para arqueólogos. En Rodá, I. Ed. *Ciencias, Metodologías y Técnicas aplicadas a la Arqueología*: 97-115. Barcelona, Bellaterra.
- PRODHOME, J. (1987): *La Préparation des publications archéologiques: réflexions, méthodes et conseils pratiques*. París, Éditions de la Maison des Sciences de l'Homme, Documents d'Archéologie Française.
- REYERO, S. (2007): *La Fotografía en la Arqueología Española (1860-1960)*. Madrid, Real Academia de la Historia – Universidad Autónoma de Madrid.
- RICHARDS, J. (2005): "Electronic publication in Archaeology". En P. Daly y Th. L. Evans (eds.) *Digital Archaeology: Bridging Method and Theory*. Londres-Nueva York, Routledge: 191-201.
- ROCKS-MACQUEEN, D. y WEBSTER, CH. Eds. (2014): *Blogging Archaeology*. Landwall Research Ltd in association with Succint Rsearch and DIGTECH LLC. (<http://www.digtech-llc.com/blogarch-ebook/>).
- RUIZ ZAPATERO, G. (1987): La recensión de publicaciones arqueológicas: S.O.S. *Trabajos de Prehistoria*, 44: 313-321.
- RUIZ ZAPATERO, G. y ÁLVAREZ SANCHÍS, J. R. (1989): Arqueología y publicación, *Revista de Arqueología*, 96: 5-11.
- RUIZ ZAPATERO, G. (1997): Las "caras ocultas" de la crítica arqueológica, *Revista d'Arqueología de Ponent*, 7: 274-277.
- RUIZ ZAPATERO, G. (2014): Fotografía y Arqueología: ventanas al pasado con cristales traslúcidos. En VV.AA. *Jose Latova. Cuarenta años de Fotografía arqueológica española*: 50-71. Alcalá de Henares, Museo Arqueológico Regional.
- SACRISTÁN, J. D. (1997): Buscando a los Vacceos en el Iberespacio, *Kalathos*, 16: 45-71.
- SHANKS, M. y MCGUIRE, R. (1996): The craft of archaeology, *American Antiquity* 61: 75-88.

- SHANKS, M. y Svabo, C. (2013): "Archaeology and photography. A pragmatology". En González Ruibal, A. (Ed.) *Reclaiming Archaeology. Beyond the tropes of Modernity*. Londres-Nueva York, Routledge: 89-102.
- SOULIER, P. Dir. (2011): *Le rapport de fouille archéologique: réglementation, conservation, diffusion*. Collection des Travaux de la Maison René-Ginouès 11. París, Ed. De Boccard.
- STEVENS, CH. (1997): Is academic archaeological writing boring? Maybe uninteresting? Never, *Archaeological review from Cambridge*, 14 (2): 127-140.
- THOMAS, R. (1991): Drowning in data? – publication and rescue archaeology in the 1990's, *Antiquity*, 65: 822-828.
- TILLEY, CH. (1989): Discourse and power: the genre of the Cambridge inaugural lecture. En Miller, D., Rowlands, M. y Tilley, Ch. Eds. *Domination and resistance*. Londres, Unwin Hyman: 41-62.
- URIARTE, A. (2001): *La conciencia evadida. Diálogos en torno a la Arqueología de la Muerte y su aplicación al registro funerario ibérico. La necrópolis de Baza*. Madrid, Lynx.
- VALLCORBA, J. (2014): La pasión del editor, *Babelia* (suplemento del diario *El País*, 30.08.2014).
- VAN DYKE, R. M. (2006): Seeing the Past: Visual Media in Archaeology, *American Anthropologist* 108(2), 370-384.
- VINCE, A (1997): Publishing archaeology on the Web: who reads this stuff anyway?, *Internet Archaeology*, 3, (<http://intarch.ac.uk/journal/issue3/vince/caa97.html>).
- VV.AA.(1986): La publication en archéologie, *Mélanges de l'École Française de Rome, Antiquités*, 98 (1): 359-386.
- VV.AA. (1988): *Guidelines for the publication of scientific contributions to excavation reports*. Londres, CBA.
- VV.AA. (1997): Debat. La recensión en arqueología, *Revista d'Arqueologia de Ponent*, 7: 274-288.
- VV. AA. (2007): *Los grandes inventos de TBO* (Prólogo de A. Guiral). Barcelona, Ediciones B.
- VV.AA. (2013): Communication in Science. Pressures and Predators, *Science*, 342: 13-82.
- WHITE, J. P. (1983): Report writing and publication. En G. Connah (ed.): *Australian Field Archaeology: A Guide to Techniques*. Canberra, AIAS: 171-178.
- WHITE. R. (2009): Data collection by excavation. En B. Cunliffe, Gosden, Ch. Y Joyce, R. A. (eds.), *The Oxford Handbook of Archaeology*. Oxford, Oxford University Press: 189-209.
- WHITE, W. (2013): *Resume – Writing for Archaeologists*. Succint Research (Edición en Kindle).
- XIA, J. 2006: Electronic Publishing in Archaeology, *Journal of Scholarly Publishing*, 37 (4): 270-287.
- YOUNG, P. A. (2002): The Archaeologist as Storyteller, in *Public Benefits of Archaeology*, edited by Barbara J. Little, pp.239-243. Gainesville, University Press of Florida.